



WARHAMMER®
THE END TIMES

EL RETORNO DE
NAGASH

JOSH REYNOLDS

timunmas



WARHAMMER®
THE END TIMES

EL RETORNO DE
NAGASH

JOSH REYNOLDS

timunmas

Título original: *The Return of Nagash*
Traducción: Simon Saito Navarro

Ilustración de cubierta e ilustraciones de interior: Paul Dainton
Mapas: John Michelbach

The Return of Nagash, *El retorno de Nagash*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o ® Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2014 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2014

© De la traducción Games Workshop Limited. 2014. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0337-4
Preimpresión: Ediciones del Simio, S.L.
Depósito legal: B 20745-2016
Impreso en España por Blackprint

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



UNO



Frontera entre Stirland y Sylvania

El mundo estaba muriendo.

Había quien afirmaba que estaba agonizando desde hacía mucho tiempo. Pero durante su larga caminata desde el campo de batalla de Couronne, Erikan Cuervodemonio había llegado a la conclusión de que ahora sí había llegado el momento de su defunción. El viento arrastraba el humo de millones de piras funerarias, no sólo en Bretonia, también en el Imperio, y el hedor a veneno y putrefacción lo impregnaba todo. En las poblaciones y en los caminos, hombres y mujeres se contaban en voz baja historias sobre becerros bicéfalos que gimoteaban como niños pequeños, sobre aves que entonaban cantos fúnebres mientras trazaban círculos en el cielo, y sobre otras criaturas que hasta entonces habían vivido confinadas en los bosques y en las colinas y ahora se paseaban por las calles oscuras.

Bestias y pieles verdes sembraban el pánico y regaban de sangre la periferia de la civilización, mientras figuras salidas de las peores pesadillas descendían de las viles estrellas rugiendo en manada para devorar el

corazón del mundo de los hombres. Las grandes ciudades se tambaleaban bajo estos ataques súbitos e impredecibles, y las puertas de Altdorf, Middenheim y Nuln habían sido reforzadas y atrancadas como si no tuvieran que volver a abrirse nunca más.

Erikan había visto todo eso con sus propios ojos, aunque de lejos. Se había visto obligado a luchar más de una vez desde que había cruzado las Montañas Grises, y no sólo contra bestias y orcos. Contra hombres también, y contra seres peores que los hombres. Por cierto, Erikan no era exactamente humano. Hacía algún tiempo que había dejado de serlo.

El corazón de Erikan Cuervodemonio se había detenido hacía alrededor de un siglo, y ni uno solo de los días que habían transcurrido desde entonces había echado de menos sus rítmicos latidos. Ahora esperaba la caída de la noche para moverse de un sitio a otro, pues las quemaduras que le producía el sol eran peores que cualquier fuego. Su alientoapestaba a tajo de carnicería, y era capaz de oír el pulso de una mujer a varias leguas de distancia. Su fuerza le permitía hacer añicos piedra y huesos con la facilidad con la que un niño partiría una hoja seca. Desconocía lo que eran el cansancio, la enfermedad y el miedo. Y en unas circunstancias diferentes no habría tenido reparos en dar rienda suelta a sus instintos básicos mientras la locura se apoderaba del mundo. A fin de cuentas, él era un monstruo y, a juzgar por lo que había visto, era el momento de los monstruos.

Sin embargo, ya no era el dueño de su destino. Había perdido esa condición la noche en que una mujer de tez pálida lo había rodeado con sus brazos y lo había convertido en algo a un mismo tiempo superior e inferior que el aprendiz de nigromante que era. De modo que se dirigió al este, arrastrado por una oscura fuerza que tiraba de él en esa dirección, a través de montañas infestadas de bestias y campos calcinados, por bosques cuyos árboles gemían como perros apaleados y tendían hacia él ramas retorcidas que parecían garras.

Una bandada de murciélagos ocultó momentáneamente la luna encima de su cabeza; sólo los dioses sabían adónde se dirigían. Erikan sospechaba que su destino era el mismo que el de él. Ese pensamiento no lo reconfortó. La llamada se había producido, y él, como los murciélagos, no tenía más opción que obedecer.

—¿Erikan? —dijo una voz débil y cansada que lo sacó de su ensimismamiento.

—Dime, Obald —respondió Erikan, y suspiró.

—No sé si estaré delirando por culpa del alcohol o de este cataplasma que me has aplicado con manos inexpertas, si bien con la mejor intención del mundo, pero tengo la certeza de que me estoy muriendo —dijo Obald Bone, el Padre Óseo de Brionne. Tomó otro sorbo de la botella de vino casi vacía que sujetaba con una garra vendada.

El nigromante estaba completamente consumido y no era más que pellejo y huesos, envueltos en pieles mohosas y en unas prendas de viaje que jamás habían sido lavadas. Estaba tendido sobre una narria de piel y huesos de cadáveres humanos, para cuya construcción se había empleado a partas iguales hechicería y fuerza bruta. Pestañeó e hizo un gran esfuerzo para incorporarse apoyado sobre un codo.

—¿Dónde estamos?

—A punto de cruzar la frontera con Sylvania, Obald —respondió Erikan, que tiraba de la narria a pie, con las correas de carne y tripas humanas, curtidas y endurecidas, atadas alrededor de la coraza abollada y mugrienta. Su caballo había desaparecido en un lamentable caso de ingesta por parte de una criatura de mayor tamaño y más hambrienta, que incluso había puesto en un serio aprieto a Erikan antes de que éste pudiera acabar con ella. No tenía ni idea de qué era, pero a Erikan no le apeteció quedarse a averiguarlo. Monstruos que habían vivido confinados en los márgenes de los mapas ahora campaban a sus anchas y atacaban a cualquiera que se cruzara en su camino, ya fuera comestible o no—. Y no te estás muriendo.

—Detesto contradecirte, pero soy maestro de las artes nigrománticas, y creo que sé algo sobre la muerte, ya sea inminente, personal o de otra clase —repuso Obald, con dificultades para pronunciar las palabras. La narria estaba llena de botellas vacías y él apestaba a gangrena y a alcohol. Su estado había empeorado paulatinamente desde que Erikan le había extraído la flecha que le había alcanzado en el vientre en las postrimerías de la batalla de Couronne, justo antes de que el Caballero Verde decapitara a Mallobaude.

Durante las primeras semanas parecía que Obald estaba recuperándose; por lo menos los dolores habían remitido, aunque la herida no se

curaba. Sin embargo, ni él ni Erikan eran la clase de individuos que las sacerdotisas de Shallya recibían con los brazos abiertos. Obald había sobrevivido a cosas peores en sus buenos tiempos, pero daba la sensación de que, como le ocurría al mundo, estaba tocando a su fin.

Obald volvió a desplomarse sobre la narria y varias botellas salieron disparadas.

—¿Te he dicho que soy de Brionne, Erikan? Un buen sitio, ya lo creo.

—Sí —respondió Erikan.

—Criaba cerdos, como mi padre, y como su padre antes que él. Cerdos, Erikan... Una granja de cerdos nunca te lleva por el mal camino. —Obald alargó un brazo y dio un débil manotazo a la espada envainada que colgaba de la cintura de Erikan—. Maldita hoja templaria. ¿Por qué aún no te has deshecho de ella?

—Soy un templario. Los templarios llevamos espadas templarias, Obald —respondió Erikan.

—No eres un templario, sólo un aprendiz. Ni siquiera es una espada como es debido. No pesa sobre ella ninguna maldición —gruñó Obald.

—Pero está afilada y es larga, y lo corta todo —replicó Erikan. Había dejado de ser el aprendiz de Obald en el mismo momento en que había recibido el beso de sangre y había entrado en la aristocracia de la noche. Se sonrió al recordarlo. Lo cierto era que nada tenía de aristocrático andar escondiéndose en fosas anónimas y devorando desafortunados campesinos.

—¿Dónde está mi espada? Me gustaría que te la quedaras —farfulló Obald.

—Tu espada sigue clavada en el cuerpo del tipo al que le robamos el caballo —dijo Erikan. La huida de Couronne había sido tan sangrienta como la propia batalla. Una vez caída la Serpiente, sus fuerzas, tanto vivos como muertos, habían huido en desbandada. Obald ya había recibido entonces el flechazo en el estómago, y Erikan había tenido que abrirles a golpe de espada una senda hacia la libertad a través de la multitud de muertos que los rodeaba.

—¡Ah, sí, claro! —exclamó Obald—. La cara de engendro endogámico que puso no tiene precio... Aunque aquella armadura no estaba nada mal, ¿verdad? ¡Oh, amigo mío! La espada de un muerto atraviesa cualquier cosa, incluso una bonita armadura. —Se balanceó adelante y atrás

sobre la narria hasta que sus carcajadas se convirtieron en una fea tos.

—Tuve un buen maestro —repuso Erikan.

—Hice un buen trabajo, ¿verdad? —Obald hipó—. Fuiste mi mejor alumno, Erikan. Es una pena que te atacara aquella bruja Von Carstein.

—No es ninguna bruja, Obald.

—Pues entonces es una puta —espetó Obald—. Una furcia, Erikan. —Eructó—. No me vendría mal una puta en este momento; una de esas tan elegantes de Nuln.

—¿Quieres hablar de mujeres? —dijo Erikan.

—Se untan mermelada en el pastel, mermelada de verdad. Nada de serrín ni de grasa de vaca como las de Altdorf —dijo Obald, gesticulando para enfatizar sus palabras.

—Sí, ya —dijo Erikan, y meneó la cabeza—. Estoy seguro de que te encontraremos una puta en Sylvania, Obald.

—No, no. Déjame morir aquí, Erikan. Estaré bien —dijo Obald—. Para ser un saco de huesos, me resulta extrañamente grata la idea de la muerte. —Puso en posición completamente vertical la botella que sostenía en la mano y la mayor parte del contenido se vertió sobre su rostro y la barba desgreñada—. Huesos, huesos, Padre Óseo. Aún me parece increíble que me dejaras ponerme ese nombre. Padre Óseo... Por cierto, ¿qué cojones significa en realidad? Seguramente el resto de los nigromantes estén riéndose de mí.

Guardó silencio durante un momento, y Erikan albergó la esperanza de que se hubiera quedado dormido. Pero entonces Obald gruñó.

—Les demostramos el porqué de mi nombre, ¿verdad, Erikan? A aquellos malditos nobles y a su pérvida dama. —Obald y un puñado de nigromantes habían cargado contra el estandarte de serpiente de Mallobaude después de que los duques de Carcassonne, Lyonesse y Artois hubieran coronado rey al hijo bastardo de Louen y levantado legiones de muertos para que marcharan al lado del ejército de los deshonorosos caballeros de la Serpiente. No obstante, Obald y sus colegas habían sido un juguete en comparación con el verdadero poder que se escondía detrás de la ilegítima entronización de Mallobaude, el anciano liche conocido con el nombre de Arkhan el Negro.

Erikan no sabía por qué Arkhan había decidido ayudar a Mallobaude. Seguramente tendría sus razones, como Obald y Erikan, pensó

éste. Con el apoyo del liche, Bretonia cayó a sus pies. En la batalla de Quenelles, Erikan había tenido el placer de ver a la Serpiente lanzar al barro el cuerpo sin vida de su padre. Muerto el rey Louen, las provincias meridionales habían caído una detrás de otra, hasta que la Serpiente había fijado su mirada en el norte, en Couronne.

A partir de entonces todo había ido mal. Mallobaude había perdido la cabeza, Arkhan había desaparecido y...

—Perdimos —dijo Erikan.

Una risa áspera salió de Obald.

—Nosotros siempre perdemos, Erikan. Así son las cosas. No hay vencedores, salvo para los muertos y los Dioses Oscuros. También te enseñé eso.

Erikan resopló con los dientes apretados.

—Me enseñaste muchas cosas, viejo. Y vivirás para enseñarme muchas más, si dejas de hacer esfuerzos.

—No lo creo. —Obald tosió—. Sé que lo hueles. Despido el olor. Mi tiempo se acaba. Un arco es un arma fantástica en el campo de batalla. Si aún sigo vivo es por puro asco. Pero ya estoy cansado. —Volvió a toser, y Erikan percibió el aroma de la sangre fresca. Obald se dobló por la cintura encima de la narria, presa de un espantoso ataque de tos. Erikan se detuvo y soltó la narria, se agachó al lado de su anciano mentor y posó una mano en la espalda temblorosa.

Obald siempre había tenido el aspecto de un anciano, pero ahora parecía un hombre débil y decrepito. Erikan sabía que su maestro tenía razón. La flecha que lo había atravesado había causado estragos en su cuerpo. El hecho de que hubiera sobrevivido al viaje a través de las Montañas Grises y de las provincias del Imperio se debía más a su tozudez que a cualquier otra cosa. Cuando llegaron a las tierras de Stirland, no había sido capaz de cabalgar, y apenas podía mantenerse sentado. Estaba muriéndose, y Erikan no podía hacer nada al respecto.

No, eso no era del todo cierto. Aún había algo que podía hacerse. Se acercó la muñeca a los labios y abrió la boca; aparecieron unos largos colmillos corvos. Erikan se preparó para hundirlos en la muñeca.

Se detuvo cuando vio que Obald estaba observándolo. Sangre y babas colgaban de la barba del anciano como telarañas perladas. Obald sonrió y mostró dos hileras de dientes podridos. Le dio una palmada en

la mejilla a su discípulo.

—No necesito tu sangre, Erikan. De todos modos mi viejo cuerpo no sobreviviría.

Erikan bajó el brazo. Obald volvió a tenderse sobre la narria.

—Fuiste un buen amigo, Erikan. Es decir, para ser un depravado famélico en el que no se puede confiar. —El nigromante resolló—. Pero de la misma manera que el agua de lluvia se filtra en la tierra y que el río desemboca en el mar, todas las cosas tienen a su final.

—Un proverbio strigano —masculló Erikan—. Ahora sí estoy seguro de que estás muriéndote. —Se irguió acuclillado y contempló cómo su último lazo con la vida mortal trataba de sacar la cabeza—. Sabes que no tienes razón, ¿verdad? Sólo estás siendo cabezón y rencoroso.

—He sido cabezón y rencoroso toda mi miserable vida, chico —gruñó Obald—. He pasado muchos más años que tú luchando, malhumorado y huyendo. Yo presencié la ascensión y la caída de Kemmler, vi Mousillon en su máximo esplendor de putrefacción y he visitado las ruinas secretas de Morgheim, donde los strigoi bailan y aúllan. —Los ojos del anciano miraban al vacío—. He luchado durante años y años y años y ahora creo que estoy harto de luchar. —Sus dedos marchitos y trémulos se posaron en la muñeca de Erikan—. Me parece que es la decisión acertada, teniendo en cuenta lo que se avecina. —Sus ojos vidriosos buscaron el rostro de Erikan—. Siempre desaparece antes de que las cosas se pongan demasiado feas, he ahí mi consejo para ti. —Su voz se había convertido en apenas un susurro. Erikan se inclinó hacia él.

—Echo de menos mis cerdos —dijo Obald. Tras un leve gruñido, su rostro se laxó, y cualquiera que fuera la oscura fuerza que había habitado en su interior escapó al cielo plomizo que se extendía sobre sus cabezas.

Erikan se quedó mirándolo fijamente. Nunca había perdido la esperanza de que el viejo llegara vivo a Sylvania. Cuando ya habían dejado atrás Couronne se enteraron de que el resto de los supervivientes se dirigían allí, impelidos a atravesar las montañas por una fuerza tenebrosa. Se contaban historias sobre murallas de huesos y un estado independiente de muertos, gobernado por la aristocracia de la noche. Incluso habían oído el rumor de que las fuerzas de Arkhan también marchaban en esa dirección.

Erikan pensaba que era el comienzo de algo. Obald se había burlado de esa idea suya entre ataques de tos, pero Erikan sentía en la oscuridad oscura y acre de sus huesos que era así. Había humo en el cielo y sangre en el agua, y el viento arrastraba la promesa de muerte. Era todo lo que había soñado desde que sus padres habían sido arrojados chillando a las llamas, todavía con el regusto de cadáver en la boca. Él había tenido una visión en ese fuego cuando Obald lo había rescatado tras despellejar a sus captores con magia oscura. En aquellas llamas negras, que habían separado la carne de los huesos como si se tratara de un cuchillo de carnicero, Erikan había visto el desmoronamiento de todas las cosas. El final de todo dolor, toda hambre y todo conflicto.

Y ahora ese sueño estaba haciéndose realidad: el mundo estaba muriendo y Erikan Cuervodemonio se proponía presenciar con sus propios ojos el final. Pero había esperado hacerlo con Obald a su lado. ¿Acaso el viejo no se merecía por lo menos eso? Sin embargo, ahora sólo era un cadáver más.

Por lo menos él era libre, no como Erikan, que seguía siendo prisionero del mundo.

Retiró despreocupadamente los dedos del anciano de su muñeca y se puso de pie. Dejó caer la mano hasta el pomo de la espada y dijo como sin darle importancia:

—Está muerto.

—Lo sé —repuso una voz femenina—. Debería haber muerto hace años, y lo habría hecho si no hubieras malgastado tu tiempo salvándole el pellejo.

—Él me crio. Se ocupó de mí cuando todos los demás me habrían quemado como al resto de los míos por el mero hecho de querer sobrevivir —replicó Erikan. Apretó la mano alrededor de la empuñadura de la espada y la desenvainó suavemente en tanto se volvía en redondo para encararse con la recién llegada—. Él me ayudó a convertirme en el hombre que soy.

A la tenue luz de la luna, la tez pálida de la mujer parecía irradiar un fulgor sobrecogedor. Vestía una recargada armadura negra con los bordes de oro sobre seda roja. El tono del delicado tejido hacía juego con sus fogosas trenzas, enroscadas sobre la parte superior de la cabeza según un estilo que había pasado de moda tres siglos atrás. Unos ojos

como ágatas lo miraban fijamente mientras ella tendía una mano para apartar la espada.

—Creía que yo también había tenido algo que ver en eso, Erikan.

Erikan bajó la espada.

—¿Qué haces aquí, Elize?

—Lo mismo que tú, supongo.

Erikan clavó la espada en el suelo margoso y posó las palmas de las manos sobre la guarda.

—Sylvania —dijo escuetamente.

Elize von Carstein asintió con la cabeza. Una trenza carmesí se desprendió del resto y quedó suspendida ante su rostro, hasta que la apartó con un soplido. Erikan sintió nacer el deseo, pero se obligó a reprimirlo. Esos días ya formaban parte del pasado.

—Sentí la llamada. —Alzó la vista hacia la luna—. La campana negra de Sternieste está convocando a la guerra a los templarios de la Orden de Drakenhof.

Erikan bajó los ojos y miró el murciélago rojo con las alas desplegadas grabado en el pomo de la empuñadura de su espada. Era el símbolo de los Von Carstein y de los templarios de Drakenhof. Lo tapó con las manos.

—¿Y contra quién nos enfrentaremos en esa guerra?

Elize no respondió y se puso a caminar. Erikan echó a andar detrás de ella. Se alejó del cadáver de Obald, que quedó donde yacía, esperando su destino, cualquiera que éste fuera. El corrompido espíritu del anciano ya había abandonado su cuerpo, de modo que el mentor de Erikan ya no era más que un trozo de carne enfriándose en el suelo; y ya hacía mucho tiempo que Erikan había perdido el gusto por despojos tan rancios.

—Entonces, ¿vamos a reunirnos todos? —preguntó mientras seguía a Elize a través de los árboles, hacia un soto silencioso donde dos caballos negros y de ojos rojos los esperaban piafando con impaciencia. Las monturas de los establos del castillo Drakenhof (inmortales, incansables y despiadadas) no admitían comparación con ningún corcel del mundo conocido, excepto quizá con los sementales del lejano Ulthuan. Cogió las bridas del caballo que Elize le indicó y lo acarició mientras murmuraba para sí. Siempre había tenido mano para las bestias, incluso después de su renacimiento. Había tenido como compañeros a los enormes y

peludos lobos que Obald había levantado de sus tumbas en los bosques y que había liderado en cacerías a la luz de la luna. Pensó que jamás había experimentado una sensación más cercana a la felicidad que cuando Obald le había enseñado a convocar a los lobos.

—Todos los que aún existamos y nos mantengamos fieles al juramento —respondió Elize—. Encontré a unos cuantos más y decidimos hacer el viaje juntos.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? —replicó Elize tras pensarlo un momento, mientras subía a la silla de montar—. ¿Acaso los allegados no se reúnen? Descubrí tu rastro y se me ocurrió proponerte que te unieras a nosotros. Después de todo eres uno de los nuestros.

—No recuerdo que me hayas preguntado si quiero ir con vosotros —dijo Erikan en voz baja.

Elize espoleó su montura y se alejó al galope. Erikan vaciló un instante, pero entonces se subió al caballo y salió detrás de ella. Mientras cabalgaba no pudo evitar pensar que siempre ocurría lo mismo. Elize le llamaba y él acudía. La observó sobre el caballo, su figura esbelta inclinada sobre el cuello del animal, con la armadura relumbrando pálidamente a la luz de la luna. Era hermosa y terrible, e implacable, como la muerte misma encarnada en una mujer. Se dijo que debía de haber maneras peores de pasar la eternidad.

Elize lo condujo hacia los altos túmulos y los arbustos que poblaban las colinas y los valles al oeste de la frontera con Stirland. Toda clase de construcciones en ruinas, el legado de siglos de guerras, moteaban el paisaje. Molinos derrumbados y casas de pastores reducidas a escombros se alzaban por encima de los restos de fuertes fronterizos y de granjas aisladas. Algunos eran más recientes que otros, pero todos habían sufrido el mismo destino. Se hallaban en la tierra de nadie situada entre las provincias de los vivos y las de los muertos, y nada construido por los primeros duraba mucho tiempo.

Cuando salieron de los bosques y de la niebla que se aferraba a los árboles, Erikan tiró de las riendas del caballo, sobresaltado por la lejana muralla de huesos que apareció ante sus ojos. El muro se alzaba alto en el cielo, muy por encima de todo lo demás. Era muchísimo más imponente de lo que decían los rumores. No parecía tanto una muralla como

una nueva cadena montañosa de reciente formación. Sólo los gigantes más grandes podrían trepar por ella.

—Por los dientes de Nagash —murmuró—. Me habían hablado de su existencia, pero nunca creí que pudiera ser cierto.

La sensación de que todo estaba llegando a su fin que había experimentado antes regresó con más fuerza que nunca. Siempre había tenido la sensación de que Sylvania era un lugar inmutable; una herida gangrenosa que jamás cicatrizaba, aunque tampoco se agravaba. Sin embargo ahora estaba preparada para ser mortal. Le entraron ganas de reír y de aullar, pero se contuvo.

—Sí —dijo Elize por encima del hombro—. Manfred se ha separado del Imperio. Los tiempos en los que teníamos que escondernos en las sombras han terminado.

Por la manera como lo dijo, Erikan se cuestionó que eso la hiciera completamente feliz. La mayoría de los que eran como él eran conservadores por naturaleza. La inmortalidad conllevaba el temor a los cambios y la necesidad de trabajar para que el mundo se mantuviera tal como era. Sin embargo, Erikan nunca había compartido ese sentimiento. Cuando uno nacía en la miseria y se criaba rodeado de cadáveres, cualquier pequeño cambio se recibía con los brazos abiertos. Erikan sacudió las riendas de su caballo.

—No me sorprende que tañera las campanas. Si ha sido capaz de levantar esto, va a necesitar toda la ayuda que pueda reunir.

La idea no resultaba tranquilizadora. Los vampiros eran muy capaces de salirse con la suya cuando algo se les metía entre ceja y ceja. Pero las inevitables luchas internas y las intrigas para ascender en el escalafón que se producirían serían tediosas, si no fatales.

Elize no dijo nada. Continuaron cabalgando al abrigo de la noche, al galope. Las monturas jamás desfallecían. Erikan divisó en más de una ocasión el brillo lejano de fuegos de campamento y percibió el olor de sangre humana. Los ejércitos de los hombres estaban en marcha, pero no era capaz de determinar en qué dirección se movían. ¿Estarían sitiando Sylvania? ¿O serían ciertos los rumores acerca de una nueva invasión desde el norte? ¿Sería esa la razón por la que Manfred von Carstein había elegido ese momento y no otro para realizar su osada declaración de intenciones?

Todos esos pensamientos rondaban por su cabeza mientras Elize le conducía hacia los escombros más próximos al bastión de huesos. Las hogueras de los campamentos que salpicaban la oscuridad quedaban lejos de las ruinas de una vieja torre de vigilancia. Ahora sólo era una montaña de piedras carbonizadas e invadidas por el musgo y la maleza.

Cuando Erikan bajó del caballo y lo llevó junto al resto de las monturas que estaban atadas a una horca, vio que dentro había tres hombres esperando. Elize lo condujo al interior de lo que quedaba de la torre y él saludó con la cabeza a los presentes mientras se agachaba para pasar bajo el semiderruido arco de la entrada. La única iluminación en el interior procedía de la luna, pues ninguno de los que estaban allí necesitaba más.

—¿Qué hace éste aquí? —gruñó uno de los hombres, llevándose una mano a la empuñadura de la espada que le colgaba de la cintura.

Erikan se cuidó de mantener las manos lejos de su espada y dijo:

—Lo mismo que tú, Anark.

Elize se acercó al otro vampiro y puso una mano encima de la suya como para impedir que pudiera desenvainar la hoja. Anark von Carstein era un hombre grande, más que Erikan, y poseía la constitución de un guerrero. Iba enfundado en una armadura oscura compuesta por placas dentadas y bordes afilados, y a juzgar por las abolladuras y los arañazos, no debían haber sido pocas las batallas en las que había participado. La última noticia que Erikan había tenido de Anark lo situaba en los Reinos Fronterizos, liderando un ejército de muertos que luchaba en el bando de un insignificante Señor de la Guerra.

Elize se inclinó hacia Anark y le susurró algo al oído. El vampiro se tranquilizó visiblemente. Erikan recordó que Elize siempre había sabido manejarlo. Anark era, como él mismo, un protegido de la decana de la Abadía Roja, e incluso se le había concedido el privilegio de tomar el nombre Von Carstein, algo que él probablemente jamás conseguiría. Si bien era cierto que tampoco lo anhelaba; estaba contento con su nombre. Recordó que ése había sido precisamente el motivo principal de que ella se hubiera distanciado de él. Elize le había ofrecido su nombre y él lo había rechazado. De modo que se había buscado otro vástago de sangre, amante y paladín. Y Erikan se había marchado.

Erikan apartó la mirada de ellos y sus ojos se toparon con las miradas

rojas de los demás Von Carstein.

—Markos —dijo, e inclinó la cabeza.

Markos era un tipo de facciones halconadas y el cabello peinado hacia atrás, lo que le daba un aspecto de armiño. Si Anark destacaba por su fuerza bruta, Markos lo hacía por su astucia. Poseía un don especial para la hechicería y una lengua viperina.

—Cuervodemonio, no esperaba volver a verte —dijo Markos—. Creo que ya conoces al conde Nyktolos.

Markos señaló al otro vampiro, quien, como Anark y Markos, llevaba puesta una recia armadura. Nyktolos también usaba un monóculo, como era común entre la aristocracia de Altdorf, y su sonrisa se extendía de oreja a oreja de un modo que resultaba desagradable. A diferencia de la de sus dos camaradas, la piel de Nyktolos tenía un color morado, seguramente por la ingesta reciente de sangre, o tal vez sólo se debiera a la putrefacción sufrida dentro de la tumba. Era algo que podía ocurrir si no se daba el beso de sangre como era debido.

—Conde —dijo Erikan, e hizo una leve reverencia.

Conocía al noble de oídas. Había sido conde de Vargravia hasta la irrupción de Konrad, en los viejos y funestos tiempos. Nyktolos sonrió y dejó al descubierto una boca llena de afilados colmillos, más de los que ningún vampiro respetable necesitaría, en opinión de Erikan. Si era obra de Konrad, su extraño color probablemente fuera el menor de sus problemas.

—Es educado. Ya me cae bien —dijo Nyktolos.

—No te encariñes demasiado con él —le advirtió Anark—. No se quedará mucho tiempo. Erikan no tiene estómago para la guerra. Es decir, para una de verdad. Ni para esas escaramuzas a las que llaman guerra al oeste de las Montañas Grises.

Erikan clavó los ojos en la mirada fría y serena de Anark. El otro vampiro estaba intentado provocarle, para variar. No llegaba a entender por qué le odiaba tanto. Él no suponía una amenaza para Anark. Intentó que su mirada se encontrara con la de Elize, pero la atención de ésta seguía puesta en su amante. No, se dijo Erikan, por mucho que deseara lo contrario, él jamás sería un peligro para Anark, en ningún aspecto.

—Espero que no estuvierais esperándome a mí —dijo dirigiéndose a Markos, sin prestar la menor atención a Anark.

—No, no estábamos esper... ¡Ah! Hablando del diablo... —dijo Markos, alzando la mirada. Una batida de alas agitó el aire y un olor fétido colmó el interior de la torre en ruinas cuando en el tejado aterrizó algo pesado. El recién llegado descendió para reunirse con ellos, deslizándose por las viejas paredes como un lagarto, lo que hizo que cayeran algunas piedras al suelo.

—Llegas tarde, Alberacht —dijo en voz alta Markos.

El cuerpo peludo del recién llegado permaneció inmóvil adherido a las piedras durante unos segundos, y luego reanudó el descenso. Erikan retrocedió cuando Alberacht Nictus se irguió en toda su estatura. La criatura, conocida en algunos lugares como el Segador de Drakenhof, extendió una garra corva y apresó delicadamente por la nuca a Erikan, que no opuso resistencia cuando el monstruoso vampiro tiró de él para acercárselo.

—Hola, muchacho —dijo Alberacht con una voz retumbante. Su cara conservaba los rasgos humanos justos, aunque dilatados alrededor de un cráneo deforme y lleno de irregularidades. Sin embargo, su cuerpo hinchado era una repugnante mezcla de murciélago, simio y lobo. Apenas llevaba puestas unas piezas de armadura sueltas e iba desarmado. Erikan le había visto metido en faena y sabía que no necesitaba armas. Sus largas garras y sus poderosos músculos lo hacían tan peligroso como un caballero a la carga.

—Maestro Nictus —dijo Erikan, evitando la mirada bestial del vampiro.

Alberacht era impredecible, más que ningún otro vampiro. Cada vez que Erikan lo veía le parecía menos humano, y a veces se preguntaba si ése era el destino que lo esperaba a él con el paso de los siglos. Algunos vampiros se mantenían como habían sido durante el último latido del corazón. Pero otros se embriagaban con la carnicería y perdían la poca humanidad que les pudiera quedar.

—«Maestro», dice —gruñó Alberacht. Su rostro se contorsionó para formar la parodia de una sonrisa—. ¡Cuánto respeto para este viejo guerrero! ¿Habéis visto el respeto que me tiene? —La sonrisa se esfumó—. ¿Por qué los demás no seguís su ejemplo? —Se volvió para clavar su mirada torva en los demás. Su barbilla se llenó de baba sanguinolenta cuando mostró los colmillos—. ¿Acaso no soy el Gran Maestro de vues-

tra orden? ¿Es que tengo que destruirlos en el Altar de los Castigos?

Los demás retrocedieron cuando Alberacht soltó a Erikan y se volvió hacia ellos. Desplegó parcialmente sus correosas alas y sus ojos se encendieron con un brillo de demencia. El vampiro hedía a violencia y locura, y Erikan retrocedió hasta una distancia prudencial. Alberacht era capaz de matar a cualquiera de ellos en un arrebato.

—Hace siglos que dejaste de serlo —dijo suavemente Elize—. ¿Lo has olvidado? Renunciaste a tu cargo y delegaste todas tus responsabilidades en Tomas.

Elize tendió una mano y acarició el pellejo peludo de Alberacht como quien tratara de tranquilizar a un semental nervioso. Erikan se puso tenso. Si Alberacht se ponía violento con ella, tendría que actuar rápidamente. Vio que Anark apretaba la mano alrededor de la empuñadura de su espada y que el otro vampiro hacía un breve gesto de asentimiento con la cabeza cuando sus miradas se cruzaron. Nadie quería que Elize sufriera daño alguno, por mucho que se despreciaran unos a otros.

—¿Tomas? —gruñó Alberacht. Plegó las alas—. Sí, claro, Tomas. Un buen chico, para tratarse de un Von Carstein. —Sacudió el cuerpo, como alguien que despertara de una pesadilla, y acarició la cabeza de Elize como lo haría un abuelo cansado a su nieta—. He oído las campanas.

—Todos las hemos oído, bestia vieja —dijo Markos—. Nos convocan en Sternieste.

—En ese caso, ¿qué estamos haciendo aquí? —preguntó Alberacht—. La frontera está ahí mismo, a sólo un par de pasos.

—Bueno, para empezar está esa maldita muralla de huesos —dijo el conde Nyktolos, cambiando la pierna sobre la que depositaba todo su peso—. Tendremos que prescindir de los caballos.

—No lo haremos —intervino Elize. Miró a Markos—. ¿Primo?

—¿Eh? ¿Tengo que hacerlo yo? ¿Desde cuándo estás tú al mando? —preguntó Markos. Las miradas de Anark y de Alberacht se encontraron, y Markos dejó caer los brazos ante él en un gesto de rendición—. De acuerdo, vale, está bien. Nos introduciré a la antigua usanza. Sutileza es tu segundo nombre, Elize. Formad una cola ordenada, amigos, tú también Erikan, por supuesto. Vayamos a casa.